

E. MIRET MAGDA LENA

Un grupo parroquial de militantes cristianos se ha reunido en Madrid para tratar de la crisis que existe en torno a la función de los Obispos.

Después de haber trabajado en equipos, llegaron a una serie de puntualizaciones que más tarde me expusieron con el fin de que pudiera orientarles, tanto desde el punto de vista del Evangelio como de la Historia.

No hay cosa más eficaz, para abrir nuestras mentes y superar el estrecho círculo de nuestras ideas, intereses y preocupaciones, que mirar a lo largo de los siglos. Allí —a través de esas centurias que van del Evangelio a nosotros— podemos ver, como en un espejo, las diferentes versiones del Obispo y de su misión dentro del cristianismo. Y esto hará caer la venda de nuestros ingenuos ojos, que han pintado como eterna una imagen que sólo es de un corto tiempo. Pero el mundo, la sociedad, los hombres y los grupos cambian profundamente con los tiempos. Y la Iglesia es también cambiante, porque, por lo menos en un 90 por 100, es humana. Cosa que no ven los ultraconservadores, pero está claro para cualquier cristiano imparcial.

Los que tenemos fe en el cristianismo, no la hemos de poner en lo perecedero de los cristianos, sean seglares, clérigos u Obispos, sino en el Evangelio, que es el mensaje básico de nuestra fe. Y en el Evangelio, más que una gran institución, se vislumbra la Iglesia como un movimiento vital sin tantas trabas, frenos y cortapisas como ha puesto durante siglos.

No debe extrañarnos, por eso mismo, que cualquier mirada objetiva al Nuevo Testamento descubra que en él no existen Obispos tal y como hoy los conocemos.

El profesor Cullmann, observador protestante en el Concilio, se quedaba escandalizado de la ingenuidad científica con que muchos Obispos católicos se igualaban con los "episkopoi" de que hablaba San Pablo. Les faltaba a estos preladados de la Asamblea Conciliar no sólo cultura bíblica, sino también el mínimo sentido crítico, para comprender que diecinueve siglos de Historia cambian muchas cosas, aunque se empleen nombres iguales o parecidos.

La cultura de cada tiempo ha ido dando forma al Episcopado, marcándolo con la impronta de cada época. Impronta tan fuerte que ha tergiversado en buena medida la primitiva figura bíblica, presidiéndole frecuentemente un poder autocrático de que carecían los primeros sucesores de los Apóstoles.

Las figuras eclesiásticas que describe San Pablo con el nombre "presbiteroi" (ancianos) y "episkopoi" (supervisores) no corresponden a la imagen del Obispo monárquico que a fines del siglo I empezaba a surgir en la Iglesia. En pocos años se dio un importante salto, pasando —como dice el Padre McKenzie— de un sistema colegial y parti-

cipativo a otro mucho más autocrático. El primer Concilio celebrado en la historia de la Iglesia, el de Jerusalén, fue todo menos una Asamblea sólo para Obispos y sin intervención de los fieles. Allí todos tuvieron un papel, y hasta que no hubo consenso, no se decidió definitivamente nada.

El Obispo, según el Nuevo Testamento, debe tener como principal ocupación y responsabilidad proclamar la "buena noticia" que dio Jesús a los hombres: la del amor como centro de todo lo religioso. Pero "proclamar" no es ni mucho menos enseñar autoritativamente a todas horas, sino poner a la luz del día la esencia de este mensaje evangélico, sin confundirlo constantemente con nuestro comentario humano. Todo lo que pase de ahí será explicación, enseñanza, pero no proclamación. Y ahora se estaba acostumbrado a dar más importancia a la glosa

CRISIS DE OBISPOS

que a la simple exposición de las ideas básicas, cosa totalmente equivocada.

El respeto a la libertad del hombre se manifiesta precisamente en esta actitud evangélica, que es lo contrario de una coacción o imposición. Pero, ¿podemos decir lo mismo de la historia eclesiástica? Conforme ha ido pasando el tiempo se ha desdibujado grandemente esta "presidencia en el amor", que era la función del Obispo según San Ignacio de Antioquia, y se la ha cambiado muchas veces por un poder dominador.

De una cabeza, que apenas era cabeza, porque presidía amistosamente la comunidad creyente, dejando iniciativa y decisión, hemos pasado a ser ovejas mudas y casi "borregos de Cristo", como decía, no sé si con ironía o ingenuidad, uno de nuestros escritores clásicos. Hasta el siglo IV se va desarrollando este autoritarismo, que, sobre todo a partir del Emperador Constantino, adquiere una organización claramente jerárquica, y con el católico Emperador Teodosio se empieza a engendrar un nuevo Obispo: el Obispo-prefecto romano. Aquel "episkopoi" modesto y colegial del tiempo de los Apóstoles se convierte, en este otro mundo eclesiástico, en una especie de gobernador o virrey, como eran los prefectos de Roma en aquella época. Sus vestidos, ademanes, costumbres y lenguaje se asemejan al de estos personajes llenos de autoridad sobre el pueblo.

Más tarde, son los señores feudales los que marcan la pauta exterior del Episco-

pado. Se forja el Obispo-señor feudal, con muchos símbolos, gestos y actitudes de los señores germanos a quienes se les debe pleitesía humillante.

Viene después la época de los Reyes absolutos. Y el gobierno de la Iglesia se vuelve cada vez más absolutista, en muchos casos con un mimetismo claro de la sociedad civil de aquel tiempo. Se pregona para los fieles no la sumisión medieval, sino algo más: la obediencia ciega. Jesuitas y seguidores de San Alfonso Liguori son sus más celosos propagandistas en sermones, ejercicios espirituales y libros. Sin embargo, la crisis social del siglo XIX y principios del XX hace que el Obispo tenga cada vez menos prestancia y presencia social. Empieza a refugiarse —como piden los liberales— en la sacristía; pero allí es ahora un padre autocrático, acomodándose al régimen familiar decimonónico, que toma por modelo. Un padre tirano en casa y muchas veces sin influencia en el mundo. Así llegamos hasta la revolución conciliar emprendida por Juan XXIII, que pretende hacer vivir, a pesar de la burocracia vaticana, unos aires más puros y evangélicos.

Bastantes Obispos no entienden este cambio conciliar, y se encuentran inseguros y sin saber qué hacer. Son como los padres de familia de hoy, que, tras una breve época de paternalismo, se convierten en el "padre desorientado". Y el Obispo de nuestro tiempo lo imita frecuentemente, pasándose unas veces de blando y otras de severo. La vacilación y la ausencia de visión clara son sus características más frecuentes. Y el conjunto de los creyentes inquietos evangélicamente no saben qué hacer con este Obispo que apenas les sirve para nada. El coordinador vital del primitivo cristianismo casi ha desaparecido a través de la Historia, y ahora se hace difícil ceder una autoridad jurídica, sustituyéndola por un apoyo moral educador de iniciativas y responsabilidades.

Santa Francisca Cabrini, la activa santa italo-americana contemporánea, fue educada por su director espiritual a no tener necesidad de él. Y así es cómo deberían proceder los Obispos: siendo maestros del espíritu que, como los "staretis" ortodoxos o los "gurús" orientales, entrenasen espiritualmente a los fieles para valerles por sí mismos y no depender infantilmente de los demás. Cosa no fácil, porque los Obispos, en su mayor parte, son hombres demasiado dependientes de las circunstancias y de sus pequeños grupos de adictos que les impiden actuar más independientemente, con menor angustia de mando o menos tragedia de crisis. Pero el día que nos acostumbremos a mirar al Episcopado como un servicio modesto en la Iglesia, superaremos nuestra crisis, percatándonos que la fe vital es más que cualquier consigna o añoranza de autoridad; y esa fe desnuda es la herencia del Evangelio, que se hizo para maduros y no para eternos menores de edad.